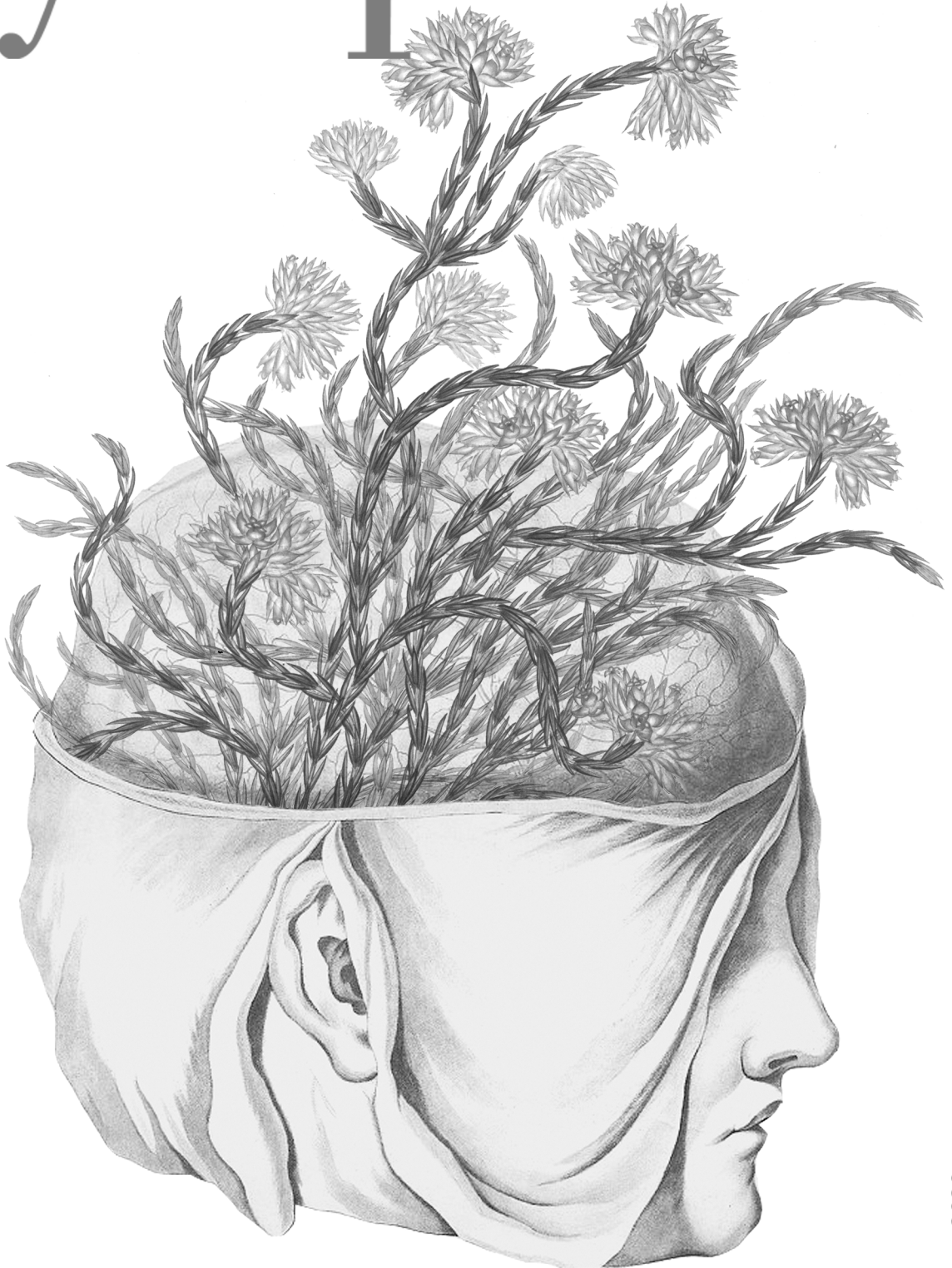


estudios de género

# Symploké



### Integrantes de la Revista

Saavedra, Lucía D. :: Directora  
 Fernández Romeral, Juliana :: Directora  
 Fabbio, Rocío P. :: Coordinadora y correctora  
 Saavedra, Jimena V. :: Correctora  
 Kreis, Manuela :: Correctora  
 Cisneros, Evelyn :: Collage digital de tapa

# La Revista

### Comité científico

Alvarez Broz, Mariana :: Dra. en Sociología por la Universidad Nacional de San Martín

Cassouto, Gisela :: Lic. en Psicología por la Universidad de Buenos Aires

Fernández Vázquez, Sandra S. :: Mg. en Ciencia Política por la Universitat Autònoma de Barcelona

Lenta, María Malena :: Mg. en Psicología Social Comunitaria por la Universidad de Buenos Aires

Marentes, Maximiliano :: Lic. en Sociología por la Universidad Nacional de San Martín

Moreno, María Luz :: Prof. de enseñanza media y superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires

Perla, Laura Mariel :: Lic. en Psicología por la Universidad de Buenos Aires

Pierri, Carla :: Mg. en Epidemiología Gestión y Políticas de Salud por la Universidad Nacional de Lanús

### Consejo científico externo

Barrancos, Dora :: Profesora Consulta (UBA). Investigadora Principal (CONICET)

Benno de Keijzer :: Dr. en Salud Mental Comunitaria (UNAM/Universidad Veracruzana)

Bleschter, Facundo :: Magister en Clínica Psicoanalítica (UCSF, UCSE)

Butler, Judith :: University of California, Berkeley

Fabbri, Luciano :: Dr. en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires

Sanchez, Ariel :: Lic. en Ciencias de la Comunicación (UNLP/Instituto Masculinidades y Cambio Social)

Tajer, Débora :: Dra. en Psicología por la Universidad de Buenos Aires

Tarducci, Mónica :: Dra. en Antropología por la Universidad de Buenos Aires

Revista Symploké  
 ISSN: 2468-9777  
[hola@revistasymploke.com](mailto:hola@revistasymploke.com)  
[www.revistasymploke.com](http://www.revistasymploke.com)  
 Pacheco 2558  
 CP 1431  
 Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
 Argentina

# Nota de las Directoras

“La literatura debe estar abierta para todos (...) Cierren sus bibliotecas si quieren; pero no hay puertas, ni cerraduras, ni cerrojo que cierre la libertad de mi espíritu”, decía Virginia Woolf por el año 1929.

Nos mueve aquí el deseo de escribir(nos), de romper los cerrojos. Nos guía la nobilísima tarea de construir un cuarto propio y trascenderlo y, en ese mismo acto, colectivizar las reflexiones propias en un mundo que merece ser narrado.

La idea de esta revista es contar con un espacio reflexivo donde podamos expresar nuestra mirada crítica al orden imperante. Los Estudios de Género son nuestro horizonte común y la diversidad de enfoques son las que nos aproximan a una idea de humanidad.

Es así que este espacio surge de una necesidad imperiosa de construir pensamiento colectivo, de producir y compartir.

Este proyecto ha surgido hace unos años como una sección y hoy tenemos la alegría de compartir el primer número como revista independiente.

Queremos agradecer fundamentalmente a Hernán Calomino y Alejandro Gutiérrez que nos han abierto este espacio con absoluta confianza y nos acompañan cotidianamente en este camino.

Agradecemos también a todas las personas que participan de la revista e invitamos a estudiantes y profesionales de diversas disciplinas a compartirnos sus producciones en relación a la temática que nos convoca.

Esperamos puedan encontrar aquí un espacio de producción y difusión que dote de sentido nuestro trabajo cotidiano.

Lucía Saavedra  
Juliana Fernández Romeral  
Directoras

# Índice

Nota de las Directoras Lucía Saavedra - Juliana Fernández Romeral .....	3
Sanitarismo feminista y pandemia Débora Tajer .....	5
Experiencias de aborto farmacológico voluntario en voces de mujeres. Posibilidades de movilizaciones subjetivas saludables en el marco de una investigación feminista Natalia Santarelli .....	8
Nuevas arquitecturas de género(s) en las universidades chilenas como respuesta a las movilizaciones feministas estudiantiles del 2018 Mariana Gaba .....	22
“¿Por qué no trabajaría?”: trayectorias laborales de mujeres argentinas de clase media-alta Maximiliano Marentes .....	31
Aportes y límites del post-estructuralismo para una teorización del género y lo femenino Santiago Belloq .....	44
Masculinidades y sufrimiento psíquico Laura Perla .....	52
Mitos sociales de la masculinidad hegemónica tradicional Jessica Gutman .....	57
Reseña: Invitación a la lectura de Maternidades en tiempos de Des(e)obediencias. Psicoanálisis y género: versiones de una clínica contemporánea de Graciela Reid, Editorial Noveduc Claudia Orleans .....	68
Reseña: ¡Contrahegemonía ya!, de Nancy Fraser, Editorial Siglo veintiuno Agustina Victoria Arrigorria .....	71

# Aportes y límites del post-estructuralismo para una teorización del género y lo femenino

Belloq, Santiago  
CONICET - ANCBA

## Resumen

El siguiente trabajo busca revitalizar la discusión dada en el campo de las teorías de lo femenino y del género entre una corriente de cuño post-estructuralista (tomando particularmente la obra de Judith Butler) y otra que podríamos denominar “crítica” (dada en la obra de Nancy Fraser) para recuperar los elementos esenciales de ambas posiciones, viendo hasta qué punto una complementariedad entre ambas (en lo que no posean de contradictorio) puede finalmente permitir la fundación de las preguntas esenciales que hoy en día es necesario formular. Para ello, tras trazar brevemente una pequeña genealogía de las nociones centrales del posestructuralismo, expondré cómo esas ideas son reinterpretadas por Butler en su crítica a las metafísicas de la Identidad (o “de la sustancia”) y a qué prácticas de análisis lingüístico-discursivo dan lugar, para señalar luego las críticas que Fraser hace de ello y qué perspectivas pueden abrirse en medio de esa discusión.

**Palabras clave:** Estudios de género – Post-estructuralismo – Análisis crítico del discurso feminista – Butler – Fraser

## Abstract

The following work seeks to revitalize the discussion given in the field of gender studies between a post-structuralist movement (specially in the work of Judith Butler) and another one that we could call "critic" (as it appears in the works of Nancy Fraser) to recover the essential elements of both positions, searching for the possibility of complementation between the two of them (in what they do not have contradictory) that may finally allow the foundation of the essential questions that we need to ask today. To do this, after briefly tracing a small genealogy of the central notions of post-structuralism, I will explain how these ideas are reinterpreted by Butler in his critique of the metaphysics of Identity (or "substance"), and what linguistic-discursive analysis practices they give instead, to point out later Fraser's criticism of it and what perspectives can be opened in the middle of that discussion

**Keywords:** Gender studies – Poststructuralism – Critical discourse analysis – Butler – Fraser

## Introducción

¿Qué potencialidad supone la incursión del posestructuralismo en la teoría feminista, cuáles son sus límites, sus horizontes, sus efectos de sentido? ¿Hasta qué punto es posible en ella quebrar la lógica identitaria de las metafísicas de la sustancia? ¿Qué implicancias tiene la matriz lacaniana que opera en los abordajes estructurales y post-estructurales? Estas preguntas, entre otras, son las que en parte han acaparado una importante porción de las discusiones en torno al análisis feminista del discurso y, particularmente, a la relación entre análisis del discurso y consideraciones en torno al género. El Siglo XX fue testigo de un nuevo giro copernicano propiciado en parte por pensadores como Nietzsche y Heidegger, que sentaron las bases de un pensamiento de la Diferencia que permitía pensar los fenómenos del mundo humano desde otra lógica más que la que tradicionalmente había imperado los últimos 2500 años, una lógica del sentido liberadora, diferencial y empoderante, particularmente para las minorías y colectivos históricamente oprimidos o desplazados. La forma en que esas ideas fueron tomadas (y radicalizadas) en Francia obliga a revisar qué hilo genealógico permaneció de fondo como trazo significativo que hoy sigue marcando huellas en las cosmovisiones y reformulaciones de índole epistémica dadas en los abordajes feministas, particularmente, en los estudios realizados por autoras como Butler o Scott.

Por otro lado, así como surgieron numerosos adeptos, aparecieron también posiciones críticas que denunciaban una cierta complicidad (o, en el mejor de los casos, una impotencia inoperante) del posestructuralismo con un *status quo* que, en el fondo, no deja de ser opresor en tanto hay un Significante (fálico todavía) mediante el que se reinterpreta o licúa la *estructura* de cuño saussureano. Las críticas que Nancy Fraser hace a las posiciones de Lacan, Kristeva, Derrida (que son en gran parte las influencias primarias de Butler) posibilitan pensar otro tipo de análisis que, sin rechazar del todo algunas intuiciones fructíferas del posestructuralismo, hace mayor justicia a los estudios emancipadores que buscan analizar el discurso de manera crítica.

El siguiente trabajo busca revitalizar esa discusión para recuperar los elementos esenciales de ambas posiciones, viendo hasta qué punto una complementariedad entre ambas (en lo que no posean de contradictorio) puede finalmente permitir la fundación de las preguntas esenciales que hoy en día es necesario formular. Para ello, tras trazar brevemente una pequeña genealogía de las nociones centrales del posestructuralismo, expondré cómo estas ideas son reinterpretadas por Butler en su crítica a las metafísicas de la Identidad (o “de la sustancia”), a qué prácticas de análisis lingüístico-discursivo dan lugar, para señalar luego las críticas que Fraser hace de ello y qué perspectivas pueden abrirse en medio de esa discusión. El trabajo, de carácter introductorio y meramente aproximativo, posee así un fin explicativo y sintetizador, aunque no por ello deja de resultar relevante para la discusión sobre las bases epistemológicas de un análisis crítico del discurso de género.

## Breve genealogía del *élan* post-estructuralista

Desde los inicios del pensamiento filosófico-metafísico hasta, por lo menos, fines del Siglo XIX, la matriz nuclear que ha condicionado la estructura de toda ontología posible ha sido el pensar el Ser como Identidad (Cfr. Heidegger 1988)<sup>1</sup>. Ya desde Parménides y su Ser uno, único, incorruptible y homogéneo, como desde Heráclito y su “todo (es) uno”, la Identidad cobra en el pensamiento platónico la impronta fundamental en tanto instaura no sólo una cartografía ontológica sino una forma de conocer, de desear, de existir y de hacer política. Platón proyecta un plano trascendente, el *hipe-rurano* (el “mundo inteligible”), en el que se encuentran las Ideas, formas puras, arquetipos de todos los entes, perfectas y eternas: en tanto éstas constituyen la verdadera realidad, el dualismo platónico introduce por primera vez de manera explícita en la historia del pensamiento una jerarquización de lo real como algo originario y algo derivado de ese origen, que depende esencialmente de él y al cual

1 En ese sentido heideggeriano nos referimos a “metafísicas de la Identidad”, que dice y piensa lo mismo (con un ligero cambio de óptica) que “metafísicas de la sustancia” (Butler, 2018) o “metafísica de la presencia” (Derrida, 1967).

debe remitirse como modelo/norma. En la medida en que se adecúe, es decir, se iguale/identifique con el patrón ideal, el ente del mundo sensible será más o menos perfecto: es lo que Platón denomina *mímesis*, que no es meramente copia o imitación, sino fundamentalmente una relación ontológica en la que lo que prima es la identificación. En otras palabras, aquello que menos se iguale al modelo, o que sea simplemente *diferente*, será algo degradado, imperfecto, repudiable y preferiblemente aniquilable.

Cuando Deleuze habla de “invertir al platonismo” (*cfr.* Deleuze, 1969: 295 ss.), siguiendo el proyecto nietzscheano, se refiere precisamente a emprender aquel movimiento que Heidegger había denominado “destrucción de la metafísica occidental” (*cfr.* Heidegger, 1927: 30 ss.), que no es más que denunciar esta infraestructura platónica que inhiere la totalidad de Occidente y que ha configurado todas sus superestructuras religiosas, simbólicas, sociales, políticas y discursivas. El cristianismo, “platonismo para el pueblo” según Nietzsche, mantiene la referencia a un polo trascendente divino y eterno que ordena y da un sentido unívoco al mundo; el que se adecúe a ello será un santo, quien no, será un depravado merecedor del infierno, o simplemente un de-generado (es decir, alguien que se aparta del Origen uno y único). Tales posiciones medievales pueden observarse aún hoy, por ejemplo, en los actuales debates sobre la “ideología” de género; recientemente, el 2 de febrero de 2019 la Congregación para la educación católica del Vaticano promulgó un texto titulado ‘*Varón y mujer los creó*’. Para una vía de diálogo sobre la cuestión del gender en educación, en el que refuerza estas posiciones esencialistas/sustancialistas basadas en la identidad del diseño divino. Ahí podemos leer, por ejemplo:

Las teorías del gender indican —especialmente las más radicales— un proceso progresivo de desnaturalización o alejamiento de la naturaleza hacia una opción total para la decisión del sujeto emocional. Con esta actitud, la identidad sexual y la familia se convierten en dimensiones de la “liquidez” y la “fluidez” posmodernas: fundadas solo sobre una mal entendida libertad del sentir y del querer, más que en la verdad del ser; en el deseo momentáneo del impulso emocional y en la voluntad individual. (p. 11)

Las nociones de lo natural o, peor, la “verdad del ser” entendida como algo estático e inmutable dado de una vez para toda la eternidad, se contraponen a la fluidez propia del devenir tal como es tematizado por autores como Nietzsche o Deleuze. Chocan ahí dos concepciones metafísicas radicalmente diferentes, en las que el ser es algo petrificado e incorruptible, mientras que el devenir es potencialidad de diferencia y multiplicidad (*cfr.* Deleuze 1968). En el caso cristiano, no sólo es el Ser el que debe entenderse de una única manera, sino también “la libertad del sentir y del querer”, la “identidad sexual”, la “familia” (institución eterna e indivorciable): conceptos que han sido “mal” entendidos, ya que hay un “buen” sentido para comprenderlos, el sentido recto. Criticando la experiencia de la fluidez, el texto señala: “estos enfoques convergen en negar la existencia de un don originario que nos precede y es constitutivo de nuestra identidad personal, formando la base necesaria de nuestras acciones” (p. 7). Una vez más, la *identidad* personal depende a priori en su ser de la *identificación* a la idea *idéntica* de la persona humana que Dios concibió eternamente como varón o mujer —y nada más—. Contra estas visiones reductoras, petrificantes y finalmente nihilistas es que reacciona el pensamiento de la diferencia que es, básicamente, lo que se conoce como post-estructuralismo.<sup>2</sup>

Tomando la impronta del élan destructor y crítico de Nietzsche que luego redirecciona Heidegger, así como los aportes dados en el campo de la lingüística por Saussure y su influencia en el terreno antropológico con Levi-Strauss, los círculos académicos franceses de post-guerra, tras un

2 Reconocemos el problema que aparece en la nominación “pensamiento de la diferencia” y “post-estructuralismo” en tanto reúne una diversidad de autores y posiciones ciertamente disímiles que no pertenecen a un programa o línea común, más allá del espíritu crítico y deconstructor de la tradición metafísica occidental. De hecho, la mayor parte de autores a los que se denominó así han rechazado la etiqueta; de cualquier manera el término es útil para referirse al menos a un *Zeitgeist* particular en el que se ponen en cuestión los metarrelatos que han configurado el programa moderno (*cfr.* Lyotard, 1979), entre ellos, el relato de la Razón universal y del Ser como algo unívoco, como Identidad (*cfr.* Heidegger, 1988).

paso por los análisis fenomenológicos de índole sartreana, caen en el estructuralismo como el nuevo modelo para reinterpretar los fenómenos del mundo humano a partir de una serie de estructuras invariables que tomaban al lenguaje como ente de referencia (Cfr. Worms, 2009: 467 ss). Éste ya no se pensaba como el conjunto de palabras o armazones gramáticas, sino que comenzó a ser concebido como un sistema constructor de sentido, un sistema que dispone semiótica y significativamente un mundo organizado por signos de diversa índole. El estructuralismo recibió adhesiones de todo tipo y en todos los campos, como por ejemplo en el ámbito del psicoanálisis de la mano de Lacan quien influyó sobremanera en la forma de pensar y producir teoría en Francia y en gran parte del mundo anglosajón y latinoamericano. Sin embargo, poco tiempo después de su establecimiento como modelo epistemológico, comenzaron a percibirse críticas dentro de la misma corriente (que en verdad nunca fue algo homogéneo o estructurado) que, manteniendo los conceptos centrales, comienzan a destacar la fluidez de esas “estructuras”. Autores como Foucault, Deleuze, Derrida, Kristeva, remarcan el carácter móvil y descentrado del sentido, dando lugar a un nuevo posicionamiento epistemológico que toma la molecularidad y heterogeneidad de los fenómenos desde esa misma vorticidad.

En su artículo de 1994 “Deconstruir igualdad-versus-diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo”, Joan Scott recupera una serie de nociones centrales del pensamiento posestructuralista que considera útiles para las teorías feministas y las teorías de género en general, que sintetizaremos a continuación:

a) *Lenguaje*: ya mencionamos que es pensado como sistema constructor de sentido en una acepción amplia, un sistema constructor de “textos” que pueden y deben ser analizados teniendo en consideración sus significados históricos y con-textuales (ya que el significado no es fijo ni intrínseco). El lenguaje no es una representación de ideas que causan relaciones materiales, sino que es en sí mismo esa relación como “aquello sobre el fondo de lo cual” se da el mundo. Es de esta manera la puerta de entrada a una forma de abordar la realidad que hace justicia a su “estructuralidad”, así como tiene en cuenta además la forma y los procesos en que el sentido se produce, se reproduce, se modifica, se vuelve normativo o se ve eclipsado por sentidos nuevos, etc.

b) *Discurso*: tomando como referencia los trabajos de Michel Foucault (1966, 1969), los discursos se conciben no como un lenguaje o texto pronunciado sino como una estructura de frases, términos, categorías y creencias. El conflicto y el poder son instancias determinantes en la elaboración del sentido, lo que da lugar a dispositivos discursivos que producen efectos concretos mediante el disciplinamiento, las instituciones y las relaciones sociales en general. Los campos discursivos se superponen e incluso se sedimentan; por ello es necesario realizar una “arqueología” que dé cuenta de la construcción contextual de los sentidos sociales, dados en discursos.

c) *Diferencia*: remite fundamentalmente al planteo de Saussure que señala que el significado se fabrica a través de la oposición/negación de signos entre sí, por aquello que se distingue de todo lo otro. De esta manera, en todo término o concepto unitario hay un material negado, reprimido. Scott ejemplifica al mostrar que, por ejemplo, en el discurso patriarcal la diferencia sexual “sirve para codificar o establecer significados que literalmente no tienen relación alguna ni con el género ni con el cuerpo” (p. 3). Las cosas que se presentan como opuestas son en realidad interdependientes, en una relación antitética pero a su vez jerárquica en el que un término es el dominante: así por ejemplo, tenemos las dualidades unidad/diversidad, identidad/diferencia, presencia/ausencia, etc. Al mismo tiempo, es importante mencionar que es Heidegger quien tematiza por primera vez de manera sistemática la noción de diferencia en la filosofía continental, en un ámbito ontológico paralelo al lingüístico (y con el que sin embargo se toca en muchos puntos). Su particular acepción del término, relacionado con su reflexión sobre el ser y sobre la constitución de la metafísica occidental, orientan su actividad “destruccionista” que Derrida retomará en un plano semiótico-semántico con la llamada *deconstrucción*.

d) *Deconstrucción*: las oposiciones binarias ofrecen una visión clara de la forma en que se constituye el sentido; de lo que se trata es de analizar las operaciones de diferencia en los textos, mostrando cómo es que efectivamente trabajan los significados. El método deconstruccionista (pues efectivamente es un método y no un saber determinado) revierte y luego desplaza las oposiciones



binarias, revelando la interdependencia de los términos que formaban supuestas dicotomías taxativas y manifestando la historicidad y contextualidad en las que se construyeron. En otras palabras, es un método crítico por el que comprendemos qué fuerzas y dispositivos actúan en los significados, su carácter de no-naturales, su tensión interna.

A continuación, Scott realiza un giro en su artículo (a mi parecer excesivamente forzado y arbitrario) intentando mostrar con un ejemplo particular (el “caso Sears”) cómo funcionan dos oposiciones fundamentales para la teoría feminista, la igualdad vs. la diferencia. Sin entrar en los detalles del argumento, que a mi parecer tergiversa o confunde el objetivo del artículo, es importante remarcar las posibilidades que estas nociones ofrecen al feminismo, no porque con ello se legitime un pluralismo feliz sino porque se establecen las bases ontológicas e ideológicas para plantear una política que implique una igualdad apoyada en la diferencia. Veremos enseguida cómo Butler aprovecha esta herramienta que es el post-estructuralismo para realizar una crítica deconstructiva de la noción de género, anclada en el espíritu del pensamiento de la diferencia y la corrosión de las metafísicas de la sustancia.

### La matriz post-estructuralista en el pensamiento de Judith Butler

Contra las posiciones sustancialistas, Butler sostendrá que el género siempre es performativo, es decir, “que el género es siempre un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción” (Butler, 2018: 84). La identidad que se supone previa, como sujeto empírico y óptico efectivamente real, es una ilusión, un añadido ficticio tal como Nietzsche denuncia respecto de las nociones de *ser*, fantasma petrificado del *devenir*. No habrá identidad de género detrás de las expresiones de género: es la expresión lo que constituye algo así como “trazos”, o “espectros” del ser, en sentido derrideano. De ahí la relevancia esencial que tendrá el lenguaje para pensar y “disputar” el género, disputa que se dará en el terreno de la discusión post-estructuralista.

La cuestión de la identidad, aplicada a las teorías del género, es funcional en tanto permite un cierto nivel de generalización que posibilita un decir “universal” o, al menos, epistémico sobre algo. ¿Cómo podrían delinarse relaciones sociales y políticas sin algo establemente dado, cómo reafirmar un determinado género si este no existe? Butler postula que lo que en verdad hay que preguntarse es por la manera en que las prácticas reguladoras de la formación y la separación del género determinan la identidad, la coherencia interna del sujeto y la condición de la persona de ser idéntica a sí misma: en otras palabras, es determinar la medida en que la identidad es más bien un ideal normativo antes que un aspecto descriptivo de una experiencia empírica (2018: 71). Los géneros, en principio, aparecerían como “normas de inteligibilidad socialmente instauradas y mantenidas” que al mismo tiempo mantienen relaciones de coherencia entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Estos conceptos se encuentran a su vez estructurados por regímenes de poder, tal como sostienen Foucault o Irigaray, aunque de diversas maneras.

No obstante, Butler señala que para cualquiera de esas posiciones hay una idea vital, que es que el sexo “surge dentro del lenguaje hegemónico como una sustancia, como un ser idéntico a sí mismo, en términos metafísicos” (p. 74). Esta ilusión se consigue mediante un “giro performativo del lenguaje y del discurso”, que ocultan que en realidad es imposible “ser” de un sexo o un género. Butler analiza las posiciones de Irigaray o Wittig; siguiendo a la primera, expone la manera en la que ésta sostiene cómo la gramática no puede ser jamás un indicio real de las relaciones entre los géneros ya que respalda justamente ese modelo sustancial por medio del binarismo, que (en línea con la deconstrucción de Derrida) enmascara el discurso unívoco y hegemónico de lo masculino, el “falocentrismo”. Para Wittig, por otra parte, este binarismo está más bien supeditado a los objetivos reproductivos de un sistema de heterosexualidad obligatoria. Plantea a la lesbiana como una suerte de tercer género en el que cae la economía erótica falocéntrica y con ella las ilusiones del sexo, el género y la identidad; este sujeto lesbiano sería un auténtico usuario del lenguaje. Wittig dirá que el género “es el índice lingüístico de la oposición política de los sexos” (Wittig, 1983: 64) y que en realidad no hay más que uno, el femenino, pues el masculino es el universal al cual se adecúa imperfectamente

éste.

Vemos así cómo se reproducen las mismas lógicas identitarias/sustancialistas. El género constituye una episteme conceptual con la que se universaliza un marco binario, algo que puede localizarse en la marca de género de lenguas como el castellano, el francés e incluso el inglés. Al “dividir” el lenguaje a los seres en géneros distintos, se produce una atribución ontológica que petrifica una realidad fluyente y en perpetua performación. Butler señala que al instituirse una heterosexualidad obligatoria y naturalizada, el género se ve reglamentado en un binarismo en el que el masculino se diferencia del femenino mediante prácticas de deseo heterosexual; diferencia que consolida la unidad interna entre sexo-género-deseo.

Si bien numerosos estudios feministas refutan estas metafísicas de la sustancia / de la identidad, Butler muestra que muchas corrientes postulan al “hacedor” detrás de la acción performadora/expresiva del género. Mantener al sujeto humano, el individuo empírico como sustrato de una acción, es ciertamente problemático para dar cuenta de esta fluidez líquida-estructural, algo que la fenomenología (particularmente la sartreana) mostró muy bien (Cfr. Sartre 1936 y 1943). La autora procede a analizar críticamente las concepciones de Irigaray y Wittig sobre las estrategias de desplazamiento dadas en el poder y el lenguaje:

Para Wittig, el lenguaje es un instrumento o herramienta que en ningún caso es misógino en sus estructuras, sino sólo en sus utilidades. Para Irigaray, la posibilidad de otro lenguaje o economía significativa es la única forma de evitar la “marca” del género que, para lo femenino, no es sino la eliminación falocéntrica de su sexo (Butler 2018: 86).

A pesar de reconocer el poder que el lenguaje posee para subordinar y excluir a las mujeres, Wittig sostiene (en tanto “materialista”) que el lenguaje es al mismo tiempo meramente “otro orden de materialidad”, es decir, una institución que puede modificarse de manera radical, algo concreto y contingente mantenido (o debilitado) por las elecciones de los individuos. Planteará que la ficción lingüística del sexo es una categoría producida y extendida por el sistema de heterosexualidad obligatoria que intenta restringir la producción de identidades sobre el eje del deseo heterosexual, algo que difiere con el lacanismo en el marco de la pregunta por la existencia de una sexualidad “antes” o “fuera” de la ley. Frente a la posición de Wittig, que alega que la persona posee una integridad pre-social y previa al género, Butler se afiliará (implícitamente) al espíritu post-estructuralista y sostendrá la hipótesis de que el “ser” del género es más bien un *efecto* [de sentido, podríamos agregar], algo construido sin que por ello no sea algo real ni ilusorio. Plantear una posición deconstructiva es precisamente trazar una genealogía que delinee los factores políticos y discursivos de esta construcción, es quebrar con las lógicas identitarias del modelo-copia afirmando que *todo es copia*, todo es multiplicidad y diferencia siempre derivando-deviniendo. En línea con el “devenir-mujer” planteado por Deleuze y Guattari en su obra *Mil Mesetas* (1980), así como con *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, Butler confirmará que no se es mujer sino que se deviene en ella, es “un término en procedimiento, un convertirse, un construirse del que no se puede afirmar tajantemente que tenga un inicio o un final” (2018: 98). Congelar/reificar el género es según ella “una práctica persistente y maliciosa”: deconstruir esta genealogía es emancipar las diferencias, liberarlas, aun cuando sea necesario también sumarse el trabajo adicional de deconstruir la noción de sujeto, funcional a los esquemas sustancialistas.

Vemos así como las nociones de lenguaje, discurso, diferencia y deconstrucción que, siguiendo a Scott, establecían el eje del pensamiento post-estructuralista, son apropiadas por Butler en un ejercicio ciertamente rico y empoderador. Sin embargo, es necesario ver los límites que ese marco teórico posee, pues parte de su estructuralismo originario termina siendo perjudicial a la misma tarea que propone realizar, algo que el análisis crítico del discurso se encargará de producir.

### La crítica al neo-estructuralismo lacaniano en Nancy Fraser

En su libro *Fortunas del feminismo* (2015), específicamente en el capítulo 5 titulado “Contra

el simbolicismo: usos y abusos del lacanismo en la política feminista”, Nancy Fraser, alineada en general con el análisis crítico del discurso, expone sus reticencias a aplicar el marco teórico dado por autores “post-estructuralistas” como son Lacan, Kristeva y Derrida (justamente aquellos en que se basa primariamente Butler) al análisis del discurso. Éste es útil para la teoría feminista y de género por dos fundamentales razones: por una parte, ayuda a comprender las identidades sociales en su complejidad sociocultural, y por ende, ayuda a “desmitificar los puntos de vista estáticos, de variables única y esencialistas respecto a la identidad de género” (Fraser 2015: 171)<sup>3</sup>. Hasta aquí se refuerza el programa deconstructivo de la línea post-estructuralista que encarna Butler y otras. Por otra parte, ya en un marco macro-histórico-político, una concepción del discurso puede ser usada para “arrojar luz sobre los procesos mediante los cuales se alcanza y cuestiona la hegemonía sociocultural de los grupos dominantes” (p. 172), tomando prestada esta noción de Gramsci. La hegemonía apunta a la intersección entre poder, desigualdad y discurso, por lo que describir sus modos de producción y funcionamiento colaboraría con las luchas discursivas que apuntan al empoderamiento de la mujer y las disidencias. Ahora bien, ¿en qué se diferencia propiamente con el lacanismo y las fuentes estructuralistas?

La cuestión fundamental radica en que el modelo estructuralista funciona abstrayendo aquello que Fraser y otras consideran lo esencial, a saber, la práctica social y el contexto social de la comunicación. Siguiendo el gesto de Saussure al distinguir entre *langue* y *parole*, devaluando a esta última, el modelo (post)estructuralista deja de lado términos clave como praxis, agencia y sujeto hablante; al mismo tiempo, deja de lado también el enfoque diacrónico por lo que no podrá decir nada sobre los cambios de identidades que se producen a lo largo del tiempo. Como Fraser señala, “al teorizar el fondo de significados lingüísticos disponibles como un único sistema simbólico, se presta a una visión monolítica de la significación que niega las tensiones y las contradicciones entre los significados sociales” (p. 174), es decir la agencia, el conflicto y la práctica social se reducen a un mero “sistema simbólico”.

El lacanismo, en su interpretación “neo-estructuralista”, en principio parece aportar una serie de ventajas a la teoría feminista, aunque luego Fraser mostrará sus limitaciones encubiertas. En principio se percibía que Lacan aportaba el sujeto hablante que faltaba en Saussure, así como des-biologizaba a Freud al insistir que la identidad de género se establece discursivamente, en un plano sociocultural más permeable y plástico. Sin embargo, según Fraser, el falocentrismo que constituye la estructura del orden simbólico influye de manera determinista en el carácter de la subjetividad individual, en tanto es un proceso necesario, invariable e inalterable de una condición humana aparentemente universal. La subordinación de las mujeres sería de esta manera un “destino inevitable” de la civilización patriarcal que codifica la autoridad cultural como algo masculino y no permite pensar una sexualidad no fálica: otra trampa oculta de la dominación masculina. El lacanismo se transforma en un “simbolicismo”, ya que cosifica y homogeniza una pluralidad de prácticas significantes en un “orden simbólico” monolítico y general, normativo, que como una “semi-divinidad” modela las identidades de manera altamente reduccionista (p. 177). A pesar de mostrar al sujeto inserto en un entramado significativo entre lenguaje y pulsiones, el lacanismo no permite apreciar la diversidad de las prácticas discursivas socioculturales. Remitiéndose a Luce Irigaray, Fraser denuncia que la concepción fálica de la diferencia sexual “no es una base adecuada para entender la feminidad [...] dado que postula un ‘orden simbólico’ ahistórico y libre de tensiones, equiparado al parentesco” (p. 178) que no permite la existencia de una pluralidad de hablantes distintos, ni permite preguntar cómo se establece la hegemonía cultural de los grupos dominantes en la sociedad.

Contra estas limitaciones, Fraser reivindica el valor de un cruce entre el estructuralismo y un enfoque pragmático, tal como se daría por ejemplo en el caso de Julia Kristeva (aunque con ciertas ambigüedades). La perspectiva pragmática “estudia el lenguaje como práctica social en el contexto social”, tiene por objetos los discursos (“prácticas significantes históricamente específicas y social-

3 Para lecturas ampliatorias sobre la relación entre discurso, género y feminismo, léanse Scott, 1988; Lazar, 2005; Mills y Mullany, 2011; Chaneton, 2007.

mente situadas”, “marcos comunicativos en los que los hablantes interactúan mediante el intercambio de actos de habla”, p. 180) y no las estructuras, discursos que se encuentran enmarcados en instituciones sociales y contextos de acción. Al tratar a los discursos como algo contingente, permite realizar una contextualización histórica y por ende una tematización de los cambios de identidades. De cualquier manera, los puntos ciegos a los que llega Kristeva se deben a sus “lapsus” estructuralistas, o esa es la interpretación que Fraser hace de sus aporías teóricas. Los cambios de identidades, su complejidad y su construcción discursiva pueden ser mejor abordados por fuera del estructuralismo constantemente desplazador: se puede criticar al esencialismo sin volverse “posfeministas”.

Para concluir, es necesario remarcar que la concepción de sujeto es ciertamente problemática, pues remite a una estructuración ontológica moderna que difícilmente puede dejar de pensarse desde las metafísicas de la identidad, por todo el lastre semántico que carga. Si mantenemos un sujeto debilitado o escindido, al mejor estilo Sartre, podríamos entonces reinterpretar los aportes del post-estructuralismo a la luz de una pragmática que sintetice dialécticamente la estructura y la praxis social, histórica y contingente; pensar, como en la *Crítica de la razón dialéctica*, al “universal-singular”, a un sujeto desplazado, una identidad siempre por-venir. Una ontología del sexo y el género lindante con los post-estructuralistas, como podría pensarse al sexo desde Deleuze y Guattari (“no uno ni dos, sino *n* sexos”, *cfr.* Deleuze & Guattari, 1971), llevaría a la negación del sexo como tal. El equilibrio entre la nihilización total, entre el total descentramiento que arroja a una imposibilidad epistémica absoluta y escéptica, y la solidez molar de una ontología identitaria/sustancialista, es la tarea y el desafío para cualquier teorización del género que, en el flujo del *devenir*, busca *ser*.

## Bibliografía

- Butler, J. (2018). *El género en disputa*, Buenos Aires, Paidós.
- Chaneton, J. (2007). *Género, poder y discursos sociales*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Deleuze, G. (2005 [1969]). *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (2019 [1971]). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia I*, Buenos Aires, Paidós.
- Deleuze, G. & Guattari, F., (2015 [1980]). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, Valencia, Pre-textos.
- Foucault, M. (2018 [1969]). *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI ed.
- Fraser, N., (2015). *Fortunas del feminismo*, Quito, IAEN.
- Heidegger, M. (1988). *Identidad y Diferencia*, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Anthropos, Barcelona.
- Heidegger, M. (2014 [1927]). *El ser y el tiempo*, Buenos Aires, FCE.
- Lazar, M., (2005). *Feminist critical discourse analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*, Hampshire, Palgrave McMillan
- Lyotard, J.-F. (1991). *La condición posmoderna*, Buenos Aires, Cátedra.
- Mills, S. y Mullany, L. (2011). *Language, gender and feminism*, Londres, Routledge.
- Sartre, J.-P. (1936). *La transcendence de l'Ego*, Paris, Vrin
- Scott, J. (1994). “Deconstruir igualdad-versus-diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo” en *Feminaria, VII, 13*, edición/traducción digital.
- Scott, J. (1996 [1988]). “El género como categoría útil para el análisis histórico”, en M. Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG-UNAM / Porrúa.
- Worms, F. (2009). *La philosophie en France au XXe siècle*, Paris, Gallimard.
- Congregación para la educación católica, “*Varón y mujer los creó. Para una vía de diálogo sobre la cuestión del gender en educación*”, Vaticano, 2019, edición digital.